



# EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10867

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º al 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN MAYOR 24.

MARTES 12 DE MAYO DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura. Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para pañales, Norias accionadas. Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abaca y metálicos, vía férrea con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, correas, etcétera, etcétera. Bancos y Cajas para caudales. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PÉREZ LURBE  
12, CASTELLINI 12

Véase anuncio MODA Y ARTES en la tercera plana.

## LA APERTURA

Mañana se declarará inaugurada oficialmente la temporada legislativa.

A estas horas, muchos de nuestros más distinguidos rurales, aun no repuestos de la sorpresa que anoche les produjo ver á Canovas tan de cerca como le vieron en la reunión de la presidencia, se preparan á recibir otra; la de ver mañana á la reina y su corte, en el Congreso. Vestían los buenos de los rurales emocionadísimos. Anoche habla varios que, por la falta de costumbre de usar el frac, no sabían qué hacerle de las manos; y hubo alguno—yo lo he visto—que en vez de quitarse los guantes de color al entrar en la presidencia, se los puso. Es claro, en su puéllo el signo de etiqueta son los guantes de color, y no sabía que aquí en Madrid nada más que para la calle se llevan los guantes. Después hubo alguno que confundió el café helado con un ponche de huevo, y decía á un colega que tenía á su lado, atracándose de lo lindo: —Me parece que esto tiene poca yema y mucha clara!

Para mañana hay gran pedido de tarjetas. Los rurales asistirán de etiqueta, naturalmente, y para

los que lo ignoran, bueno será recordarle una anécdota.

Era presidente del Congreso uno de los hombres de más agudo ingenio, autor de las famosas frases «tacto de codos» y «estar en el secreto». Llegó la víspera de la constitución del Congreso, y como en aquél figuraban muchísimos rurales de los más distinguidos en su clase, así les habló el Presidente antes de levantar la sesión:

—Mañana se constituirá el Congreso, y para este acto se viene en traje de etiqueta. Advierto á los señores diputados que el traje de etiqueta se compone de pantalón negro, chaleco negro, frac negro, corbata negra, botas negras y camisa blanca.

Sin duda el presidente á que me refiero temía no ya que los rurales ignorasen que el único distintivo de la etiqueta para los diputados es la corbata negra, sino que algunos se presentasen con camisa de color, frac azul y pantalón blanco.

Casi imposible parecerá mañana á muchos diputados verse en los escaños rojos, frente á la reina, que algunos verán acaso, por primera vez en su vida. Pero aún más que ellos, debería sorprenderse ó arrepentirse el país, de conceder su representación á sujetos apreciables, pero que se encuentran en el Congreso como gallina en corral ajeno.

CALIXTO BALLESTEROS.  
Madrid 10 Mayo del 96.

## UN CONFLICTO.

Ha terminado el interregno parlamentario.

La representación nacional, disuelta ha poco tiempo, en medio de las censuras de los partidos liberales, entra nuevamente en facciones.

A los que á raíz de disolverse el antiguo parlamento batían palmas porque entendían que á estar abiertas las Cortes cuando se aprobaba en el Capitolio de

Washington la beligerancia se hubieran originado graves complicaciones, podríamos preguntarles si en la actualidad no estamos en el mismo caso, ó peor si se quiere.

Están abiertas las Cortes y tenemos encima un conflicto mayor que el ocurrido cuando lo de la beligerancia. ¿Hay quien lo dude?

Tratábanse entonces de un parlamento extranjero que hacía mangas y capirotes del derecho internacional; de unos señores que, echando á un lado convenciones sociales y cortesías, insultaban á España y la acusaban de lo que no ha sido nunca: de verdugo de sus colonias. Ahora se trata de algo más grave.

Un buque salido de un puerto de los Estados Unidos, echa en tierra de Cuba una expedición filibustera; pero interviene un buque español, y parte de la expedición queda prisionera y sometida á juicio sumarísimo.

Entre los reos hay un periodista americano que ha sido condenado á muerte, como los demás filibusteros; pero el gobierno de los Estados Unidos interviene y reclama para librar de la muerte á su compatriota.

Comprendemos que el cónsul inglés en la Habana haya visitado al general Weyler para pedirle misericordia para otro inglés que formaba parte de la expedición y fue cogido; lo que no comprendemos ni lo comprenderemos jamás es que la Unión Americana, que presenció imposible la salida del «Compuador» cargado de combustible para alimentar la guerra en una nación amiga, salga á la defensa de quien cometió descaradamente aquel delito.

Y si al menos fuese reclamado para imponerle un castigo... pero no es eso, no se trata de castigo sino de libertad. Después de todo, ¿quién es el responsable de las expediciones que salen de Tampa y Nueva York para alimentar la guerra en Cuba? ¿Podría hacerse á la mar si no lo consintiera aquel gobierno? No solo los ha consentido y los consiente, sino que los seguirá consintiendo, que eso es lo que significa tanto hacer la vista gorda á las expediciones, y oídos de mercader á las reclamaciones de nuestro cónsul.

¿Cómo terminará este asunto? El gobierno lo ha de decir, pero la nación le ha fallado en su conciencia: de acuerdo

con el tribunal de derecho. Diariamente se solicita la gracia de indulto para los sentenciados á la última pena, ya sean asesinos, ladrones ó ambas cosas á la vez. Esto demuestra que la población de España es misericordiosa y enemiga de la pena de muerte. Pero en este hecho concreto, la nación no encuentra en su alma un resto de piedad.

Su voto, si se le pidiera, sería terrible; pues diez y ocho millones de españoles gritarían á una:

## MALOS ANUNCIOS

—Todo vendrá á parar en que se suba el vino—decía el borracho del cuento.

Plagiando al concurdáneo personaje, podemos repetir sin temor de incurrir en errores:

—Todo vendrá á parar en qué se suba algo.

La sequía nos trajo el anhucho de que se subiría el pan; pero ha llovido y sigue lloviendo, y lo que va á subir ahora hasta que nos llegue el cuco, es el agua.

Por fortuna esa es una situación á la que nadie se acostumbró en España. El día que no nos llega el agua de bajo de la barba estamos como si nos faltara la sombra.

Subir, subir. Ese es el verbo que mejor conjugamos los españoles.

Yo subo la carne

Tu subes el pan

El subió el noble.

Y así sucesivamente, desde la primera persona del presente de indicativo hasta el final.

El que entiende de esas cosas es el gobierno. Claro, acostumbrado á subir al poder, lo sube todo para tenerlo más á la mano.

Ahora nos van á subir la contribución. Digo, se la van á subir al que tenga bienes, pues yo, en buena hora lo diga, no tengo viñas ni bancal en el hogar propio. ¿Qué gusto!

—¿Qué pensará Navarro Reverter?— se habrán preguntado los contribuyentes al leer el discurso de la Corona, en la parte que trata de la necesidad que tiene el gobierno de aumentar los recursos del tesoro.

Después de todo tiene razón el ministro. El no ha armado la guerra; pero co-

mo tiene que subvenir á las necesidades de los contribuyentes, los meta en prensa y los deja sacos.

Lo malo que tienen estas cosas es que se sabe cuándo empiezan, pero se pierde la esperanza de que acaben.

Aquí tienen patada la contribución de guerra, que creó el gobierno sobre los billetes del ferro carril: cuando se cansó de cobrarlo, en lugar de entregárselo al contribuyente para aliviarlo en algo de su carga, se lo entregó á las compañías ferroviarias. Por cierto que estas sigieron tratando al público con la misma desconsideración que antes del regalo.

Esto de las alzas ya se sabe; si se anuncian se cumplen, y una vez establecidas toman carta de naturaleza, y no hay quien las desarraigue.

Con que vayan haciendo á esto los contribuyentes y esperen á que el ministro de Hacienda abra la boca para pedir recursos.

RAUL.

## TIERRENTAZOS

La comisión encargada de inventariar la goleta «Compeidor», y su cargo, ha tasado una bandera de la estalactita, en un centavo á ser un perno chico.

¡Qué derroche! Para un peón que no ha presidiado más que incendios, robos, asesinatos y derrotas, nos parece mucha dinero.

Dicen de Alhambra que á consecuencia de las últimas rentas, las que han caído en aquella provincia, ha bajado el precio del trigo.

Están de enhorabuena los acaparadores y los panaderos, que son los que aprovecharán esa baja.

El público, por esas cosas no llegan jamás á los consumidores.

Leemos: «En las cercanías de Granada se ha presentado una partida de ladrones.»

Con eso y la langosta que va llegando de África á Andalucía, van á estar mejor que quieren los labradores.

Los dueños de Alhambra la vivienda. La langosta les comerá el grano.

Después les embargará el fisco si no pueden pagar la contribución.

Y más tarde podrán vivir enteramen-

413 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

le dominaba, un pensamiento, tranquilo, solemne, el pensamiento de la venganza; este pensamiento se había hecho en él su propia alma. Llegó á casa del coronel Danvers, y le dijo: Ha llegado el momento.

—Pero, ¿qué intentáis á estas horas?  
—Venid conmigo y lo sabreis.  
—Mi coche está listo, daréis vuestras ordenes á mis criados.

Maltravers se inclinó, dió sus órdenes al indolente lacayo y los dos amigos fueron conducidos con toda solemnidad, hacia los barrios menos concurridos, menos distinguidos de aquella vasta ciudad. En el tránsito instruyó Maltravers á Danvers del fraude que había cometido Cesarini. Ahora, añadió, vamos á su casa; es menester hacerle la justicia de que no es sobardo, que no ha titubeado en decirme donde se le podía encontrar, y no me negará la satisfacción que exijo. Os esperaré en el coche mientras arreglais con él nuestra entrevista para mañana al despuntar el día.

Danvers se quedó atónito y aun horrorizado al oír aquella monstruosa perfidia; veía en este asunto una cosa extraña, inexplicable; pero ni su experiencia, ni sus principios de honor le hicieron poner el menor obstáculo al plan propuesto. Le apretó la mano á Ernesto y ambos guardaron silencio hasta el momento en que el coche se detuvo en la oscura calle de oscuro arrabal. Apesar de la hora tan irregular, que



## CAPITULO IX.

Das horas después de esta escena salió Maltravers de la casa del duelo. Acababa de dar la primera hora de la mañana; caminaba desahogado por las calles sin sentir frío, sin oír el ruido que producía el viento; se hallaba como en un sueño, como en una vida de sortilegio, forzado á obrar involuntariamente. Sin embargo, lo propio que el sonambulismo, si no se daba cuenta á sí mismo de lo que pasaba en torno suyo, perseguía un pensamiento que

409 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

por Maltravers? preguntó al mismo tiempo, ahí señor, milady está despierta y deseaba de veros.

Se levantó Ernesto, pero sentía sus miembros en el suelo, su corazón no palpaba ya, un terror mortal le había sobrecogido. Danvers, en silencio profundo, rompió el hechizo que le tenía paralizado y se acercó al lecho de Florencia. Se hallaba en la cama, sostenida con almohadas, y cuando él se arrojó á su lado y estrechó su mano transparente, le miró con una sonrisa de amor y de ternura.

—Habeis sido bueno, muy bueno conmigo, dijo con la voz más alterada ya que la última vez que la había oído, y seréis recompensado! Esta parte de la vida, de la cual se aparta la naturaleza con terror, habeis sabido vencerla! Me habéis devuelto para mí, la vida hermosa de mi breve y vana existencia. Ernesto me, mi predilecto, mi adorado Ernesto! Dios os bendiga!

Algunas lágrimas de gratitud cayeron de sus ojos y humedecían la mano que sus labios procuraban besar.

—No era aquí, en medio de estas calles y de estas habitaciones estrechísimas, ni en esta cruda estación del año, que hubiera yo deseado arrojar mi última mirada sobre la tierra. Ah! si yo hubiera podido gozar del espectáculo de la naturaleza, cuando al salir del estío en medio de las bellas escenas que tanto nos agradaban, el mundo sería comparable para mí con